

CLÁSICOS
A MEDIDA



Los viajes de Gulliver

Jonathan Swift

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA

Los viajes de Gulliver

Jonathan Swift

Adaptación de Lourdes Íñiguez
Ilustraciones de Dani Padrón

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Los viajes de Gulliver*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones de Grupo Anaya y en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Lourdes Íñiguez, 2018

© De la ilustración: Dani Padrón, 2018

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2018

ISBN: 978-84-698-3607-1

Depósito legal: M-191-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española* publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Introducción	7
El editor al lector	21
PRIMERA PARTE: VIAJE A LILIPUT, EL PAÍS DE LOS ENANOS	
Capítulo I. Gulliver da noticia de sí mismo, de su inclinación a viajar y de cómo llegó al país de Liliput	25
Capítulo II. La corte de Liliput. Gulliver se gana el favor del rey	33
Capítulo III. Los enemigos de Liliput. Decisiva intervención de Gulliver fuera y dentro del país	41
Capítulo IV. Sobre los usos y costumbres de los habitantes de Liliput	49
Capítulo V. Gulliver, enterado de lo que se planea contra él, huye a Blefuscu y de allí vuelve a Inglaterra	53
SEGUNDA PARTE: VIAJE A BROBDINGNAG, EL PAÍS DE LOS GIGANTES	
Capítulo I. Tras sufrir una gran tempestad, Gulliver es olvidado por sus compañeros en una extraña tierra	61
Capítulo II. Gulliver es llevado a la ciudad para ser exhibido. Después llega a la corte y lo que allí le ocurre	67

Capítulo III. Descripción del país. Siguen las desventuras de Gulliver	75
Capítulo IV. Gulliver intenta agradar a los reyes	81
Capítulo V. La extraña forma como Gulliver sale del país y regresa a Inglaterra	89
TERCERA PARTE: VIAJE A LAPUTA, LA ISLA VOLANTE, Y OTROS LUGARES NO MENOS INTERESANTES	
Capítulo I. Gulliver emprende su tercer viaje y es apresado por piratas. Llega a una isla flotante	99
Capítulo II. Laputa y sus habitantes. Una piedra maravillosa	105
Capítulo III. Gulliver llega a Lagado y visita la Gran Academia de Ciencias y Letras	113
Capítulo IV. Gulliver va a la isla de Glubbudbrib y con quiénes se encuentra allí	119
Capítulo V. En su camino de regreso a Inglaterra, Gulliver se detiene en Luggnagg	123
CUARTA PARTE: VIAJE A HOUYHNHMS, EL PAÍS DE LOS CABALLOS	
Capítulo I. Gulliver embarca de nuevo. Una rebelión a bordo le lleva a ser abandonado en un país desconocido	131

Capítulo II.	
Gulliver aprende el idioma de su amo y puede conversar con él	139
Capítulo III.	
Gulliver sigue hablando a su amo de Inglaterra y de sus instituciones. Comparación con los houyhnhnms . . .	145
Capítulo IV.	
Gulliver va cambiando de opinión respecto a sus congéneres a medida que conoce mejor a los caballos. Decisión que estos toman sobre él	151
Capítulo V.	
La peligrosa travesía de Gulliver en su vuelta a Inglaterra. Unos yahoos muy afables. Su nuevo modo de vida	157
Despedida del lector	162
Apéndice	163



Los viajes de Gulliver

EL EDITOR AL LECTOR

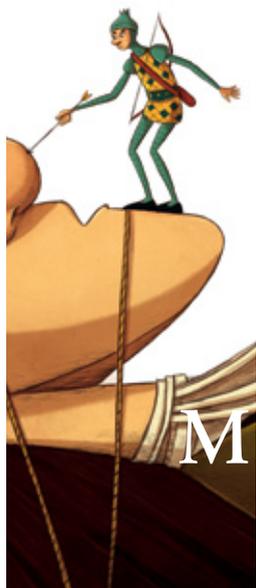
El autor de estos *Viajes*, el señor Lemuel Gulliver, es un lejano pariente y amigo mío. Actualmente vive retirado en una casa que compró en el condado de Nottingham, su tierra natal. Antes de dejar su antigua casa de Redriff, me entregó estos papeles, con libertad de disponer de ellos como creyera más conveniente. Los he revisado atentamente: el estilo es muy directo y sencillo, y el contenido del relato se atiene a la verdad. Ahora me aventuro a entregarlos al mundo, esperando que sean un mejor entretenimiento para nuestros jóvenes ilustrados que los repetidos temas de política y sociedad.

RICHARD SYMPSON

PRIMERA PARTE

Viaje a Liliput,
el País de los Enanos

Gulliver da noticia de sí mismo, de su inclinación a viajar y de cómo llegó al país de Liliput



Mi padre tenía una pequeña propiedad en Nottinghamshire¹. Yo era el tercero de cinco hijos. A los catorce años, me mandó al colegio a Cambridge y allí residí tres cursos, bien aplicado a mis estudios; pero como el coste de mi manutención era una carga demasiado grande para tan escasa fortuna, entré de aprendiz con un reconocido cirujano de Londres, con el que permanecí cuatro años. No obstante, lo que a mí me gustaba era viajar y a aprender navegación dedicaba el poco dinero que recibía. Fue mi maestro el que me recomendó al capitán de un buque mercante, el *Swallow*, que iba a Oriente Medio, y en él me enrolé durante tres años. A mi regreso, decidí instalarme como médico en Londres y me casé con Mary Burton, hija de un próspero comerciante de calzas²; pero mi consultorio empe-

¹ *Shire*: sufijo sajón que significa «condado».

² *Calza*: prenda de vestir masculina que cubría hasta la rodilla, a manera de un pantalón bombacho.

zó a ir mal y, en consecuencia, hablé con mi mujer y opté por volver a navegar. De este modo, trabajé seis años como médico a bordo de dos barcos y realicé varios viajes a las Indias Orientales y Occidentales. Durante las travesías, leía y cuando desembarcábamos, observaba las costumbres de las gentes y aprendía sus idiomas. Volví a casa y otra vez me cansé de estar en ella, así que cuando el capitán del Antelope me ofreció un ventajoso puesto, no lo dudé y me fui con él rumbo a los mares del Sur. Esto fue el 4 de mayo de 1699.

Pensábamos llegar a las Indias Orientales, pero una violenta tormenta nos desvió hacia la Tierra de Van Diemen³. El viento nos arrastró hasta unas rocas y en el impacto, el barco se partió por la mitad. Doce hombres murieron y seis logramos echar un bote al agua, maniobramos, pero las olas lo volcaron. No puedo decir qué fue de mis compañeros; en cuanto a mí, nadé como pude, empujado por el viento y la marea. Al anochecer, llegué a una playa. No vi señales ni de casas, ni de gente; el agotamiento me venció y caí profundamente dormido.

Acababa de amanecer cuando me desperté. Intenté levantarme, pero no pude moverme porque mis brazos, piernas, cabello y todo mi cuerpo estaban fuertemente sujetos al suelo. Oía un ruido confuso a mi alrededor, pero en la postura en que me encontraba, bocarriba, solo podía ver el cielo. Poco después, sentí que algo se movía por mi pierna izquierda y avanzó hasta mi barbilla; se trataba de una persona humana, pero no medía más de quince centímetros⁴ de estatura, con arco y flechas. Le seguían cuarenta más de su misma especie. Me quedé completamente atónito, di un grito tan fuerte que todos salie-

³ *Tierra de Van Diemen*: isla de Tasmania, al sureste de Australia.

⁴ En el original inglés, seis pulgadas (*inch*), medida de longitud anglosajona que equivale a 2,53 cm.

ron corriendo atemorizados, y algunos resultaron heridos al caer desde mi costado. No obstante, regresaron pronto y uno de ellos se acercó a mi cara y exclamó con voz chillona:

—Hekinah degul.

Yo permanecía acostado y estaba muy intranquilo, entonces hice un esfuerzo por liberar mi brazo izquierdo de las cuerdecillas y las pequeñas estacas que lo inmovilizaban. Lo conseguí y, por segunda vez, las criaturas huyeron; pero al instante se oyó la voz fuerte y aguda de otro de ellos:

—Tolgo phonac.

Cien flechas, como afiladas agujas, me alcanzaron la mano izquierda. También intentaron clavarme sus lanzas en el costado, pero yo llevaba un jubón⁵ de cuero que no pudieron atravesar. Decidí, por tanto, estarme quieto y esperar hasta la noche. Cuando ellos vieron que no me movía, dejaron de dispararme. Oí un ruido a mi derecha, volví un poco la cabeza y vi un tablado de unos cuarenta centímetros⁶ de alto, desde donde uno de ellos, que parecía persona notable, me dirigió un discurso del que no entendí ni una palabra, pero me pareció distinguir algunas frases de amenazas y otras de promesas y de cortesía. Contesté con pocas palabras, pero en tono sumiso y, como estaba muerto de hambre, me llevé repetidamente el dedo a la boca, lo que el *hurgo* —pues así es nombrado un gran señor, como supe después— pareció entender, porque bajó del estrado y ordenó que me trajeran comida. Al punto colocaron escaleras en mis costados y me subieron más de cien cestas cargadas de carne de varios animales, que yo engullía de tres en

⁵ *Jubón*: prenda de vestir ajustada, con o sin mangas, que cubría el tronco hasta la cintura.

⁶ En el original inglés, pie y medio (*foot*), medida de longitud anglosajona que equivale a 30,5 cm.





tres, ya que cada una era para mí un bocado, al igual que los panes, que no superaban el tamaño de balines de escopeta. Hice luego señas de que quería beber e hicieron rodar hasta mí una gran cuba de un vino muy suave, que yo vacié de un trago. Me servían tan rápido como podían y mostraban gran asombro por mi corpulencia y apetito. Hubiera seguido comiendo, pero ya no tenían nada más que traerme. Se paseaban por mi cuerpo, saltando y brincando, llenos de alborozo. Y repetían:

—Hekinah degul.

Confieso que varias veces estuve tentado de coger a unos cuantos y estrellarlos contra el suelo y de hacer ademán de querer comerme vivo a alguno; pero al punto recordaba la hospitalidad con la que me habían tratado y desaparecían estos pensamientos. Al rato, se presentó otra persona de alto rango y, subiendo por mi pierna izquierda, seguido de una comitiva, se acercó a mi cara para leerme una orden firmada por el rey, tras lo cual, con expresión resuelta, señaló la dirección de la capital, a la que se suponía que yo debía dirigirme, ya que Su Majestad me esperaba. Contesté con pocas palabras, y con la mano desatada señalé mi otra mano y la cabeza y el cuerpo, haciendo movimientos de querer romper las ligaduras, lo que él desaprobó con un gesto, al tiempo que volví a sentir el escozor de sus flechas en mis manos y cara. Me serené y les mostré que podían hacer conmigo lo que quisieran. El *hurgo* mandó traer un unguento de agradable olor, que me extendieron por la piel dolorida y me calmó de inmediato el picor. Sentí que me dormía, pues probablemente el vino contenía algún narcótico. Mientras estaba sumido en profundo sueño, trajeron una enorme plancha de madera con ruedas, que ellos usaban para transportar sus máquinas de guerra y otros grandes pesos, y novecientos hombres de los más robustos me levantaron con poleas y me

colocaron sobre ella. Mil quinientos caballos del emperador, de unos doce centímetros de alto, se encargaron de llevarme hasta la ciudad, que distaba de la playa ochocientos metros⁷.

Cuando me desperté, era mediodía y estábamos a las puertas de la muralla. El rey salió a mi encuentro; pero no se subió a mi cuerpo, por consejo de sus escoltas, que tenían miedo de poner en peligro su real persona. Nos habíamos parado junto a un gran edificio, un antiguo templo que dedicaban a usos comunes. Su gran puerta tenía alrededor de un metro y veinte de alta, por sesenta centímetros de ancha, y allí dispusieron que me alojara. Yo me podía arrastrar para entrar y salir, y tumbarme dentro cuan largo era. Los herreros del rey prepararon noventa cadenas de unos dos metros de largas, con sus correspondientes candados, para encadenarme la pierna izquierda; de modo que, aunque lleno de pesar, podía levantarme y andar lo que estas me permitían. Hecho esto, me quitaron todas las cuerdas con que me habían atado.

⁷ En el original inglés, media milla (*mile*), medida de longitud que si es terrestre equivale a 1609 metros y si es marina, a 1852 metros.



Seguramente, la mayoría de los adultos han leído de niños las aventuras de Gulliver en el país de los enanos y en el país de los gigantes, y conservamos de esta novela el mejor de los recuerdos. Tradicionalmente considerada como una obra de lectura infantil y juvenil, sin embargo, *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift va mucho más allá de este nivel y nos sitúa ante una visión crítica de la sociedad inglesa de mediados del siglo XVIII, con el objeto de hacernos reflexionar a jóvenes y a mayores sobre una época aparentemente de esplendor —la Ilustración—, pero que en el fondo lo era de decadencia y estaba bien necesitada de reformas que trajeran mayor bienestar al hombre y le hicieran más feliz.

